

América en los libros

Wasabi, Alan Pauls, Anagrama, Barcelona, 2005, 156 pp.

El hecho de que Roberto Bolaño dijera a Alan Pauls (Colegiales, Buenos Aires, 1959): «Querido señor Pauls, es usted uno de los mejores escritores latinoamericanos vivos», es una afirmación más que suficiente para acercarse con atento cuidado a este escritor. Podríamos decir que al no ser Pauls un novelista común, su obra puede ser incluida en el interesante grupo de escritores argentinos más originales y atípicos de la narrativa contemporánea y que cuenta, entre otros, con autores tan impresionantes como Piglia.

Wasabi, curioso título que remite conscientemente a la picante y fortísima mostaza japonesa, es fruto de la experiencia del propio Pauls, convertido en la novela en narrador, como invitado de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint Nazaire que desde hace años tiene por norma alojar a escritores de diferentes nacionalidades durante una temporada en su sede. Terminada la estancia, la residencia publica un texto del invitado en

cuestión. Curiosamente, puede constatarse que los escritores, que han pasado por el lugar son en su mayoría argentinos: César Aira, Piglia, Marcelo Cohen... y Alan Pauls que ofrece ahora su relato publicado con anterioridad por Alfaguara-Argentina en 1994.

Wasabi se basa en la oposición de dos elementos: el orden y el caos. Cuando comienza la historia, parece que todo transcurrirá apaciblemente y dentro de los cauces de lo previsible y organizado como es una invitación de este tipo, pero pronto comienza a aparecer lo extraño: un forúnculo en la espalda del narrador que irá creciendo desproporcionadamente hasta convertirse en una especie de joroba que deformará al personaje y alertará de que el inocente viaje de este novelista latinoamericano a Europa se convertirá en un descenso a los infiernos, en una pesadilla en la que los contratiempos e incertidumbres que van surgiendo irán adquiriendo proporciones gigantescas y alucinatorias, rompiendo el orden establecido y haciendo posible cosas absolutamente inconcebibles como por ejemplo que Christian Bouthemy,

director de la Maison y editor de Arcane 17, colabore en un plan para asesinar a Klossowski, nombre metamorfoseado en Korovski, Kosinsky o Kieslowski.

Es lo onírico el factor que permite calificar a este especial relato de lisérgico en cuanto impone una visión alucinatoria sobre la realidad inmediata, así como por la narcolepsia que sufre el protagonista, que hay que interpretarla como una señal compleja que bloquea la inmediatez de aquel en cuanto le obliga a suspender la actividad consciente ya de que, durante los siete minutos que dura el ataque, la vigilia del narrador queda anulada y, en cierto modo, extrañado del presente, imponiéndole otro ritmo cerebral. También, la pomada homeopática con sabor a wasabi que debe administrarse en su quiste, se descubre con increíbles efectos ya que administrada por vía oral, el narrador y su mujer consiguen alucinaciones sexuales. A pesar de esta otra realidad, Pauls no olvida reflexionar sobre la agobiante vida en provincias, sobre las dificultades de la vida urbana parisina, llena de amenazas e incógnitas, sobre el arte y sobre la vida de un escritor argentino en Europa. A pesar de que *Wasabi* refleja un estilo permeable en el sentido de «disposición al contagio en el campo de la escritura», como sostiene Pauls y

de que a Bolaño los personajes de este escritor argentino le parecen «monstruos perfectos», *Wasabi* no alcanza la precisión, ni la solidez estilística de *El pasado*, premio Herralde 2003, quizás porque es muy anterior y Pauls ha tenido tiempo para consolidar su idea de que «una novela es un territorio».

La conjura contra América, Philip Roth, Mondadori, Barcelona, 2005.

Que la narrativa de Philip Roth, además de portentosa, envuelve al lector tanto por el interés de las historias que cuenta, como por la intensidad estilística, es algo indiscutible. Por eso, produce estupor que a sus 81 años, este eterno candidato al premio Nóbel, haya publicado una novela que desde su comienzo arrastra el lastre de la inverosimilitud, agudizado por la mezcla de ficción y exhaustividad histórica (cuanto más se empeña el novelista en dar datos reales, se produce el efecto inverso: nos creemos menos el relato). Roth parte de la siguiente hipótesis: qué hubiera sucedido si el aviador acrobático, héroe nacional americano, a pesar de su filosofía pronazi y declarado antisemitismo, Lindberg, nombre, por otro lado, que provoca indignación entre los

judíos, hubiera ganado las elecciones presidenciales al competir con Roosevelt en Estados Unidos en 1940. A pesar de que el mecanismo usado por el autor de *La mancha humana* es narrar con verosimilitud y minuciosidad los acontecimientos que se describen, no convence y tanto detallismo ahoga una narración asfixiada por un exceso de documentación histórica, como puede apreciarse en el apéndice del libro, que no sólo, entorpece la lectura, sino que evidencia otro de los defectos de esta larga novela: el hecho de que Roth se haya limitado a subrayar tímidamente los miedos imaginarios de una familia de judíos americanos tan alejados de las atrocidades que sufrieron los judíos europeos. La condición de víctima de éstos es algo que jamás ha sido un elemento integrante de la escritura de Roth. Es ahora la primera vez que aparece, pero de manera ligera. No hay que olvidar que los judíos en América pueden participar de la vida nacional del país, lo cual, como señala el premio Pulitzer, hace que sean diferentes y, que, incluso, «gentes, como Amos Oz, tengan una actitud despectiva hacia los judíos estadounidenses /.../ a los que, además, les gusta Estados Unidos, no les importa ser judíos y su éxito es colosal».

Sí destaca tanto el retrato preciso que se hace del Newark de

los años 40 —en donde pasó la infancia el autor de *Pastoral americana* y que ha visitado frecuentemente—, como la historia familiar contada por un niño de siete años, demasiado adulto en su relato y, también, poco verosímil.

En cualquier caso, este inquietante título alerta sobre la posibilidad de la inestabilidad de la democracia americana. Lástima que la frialdad del tono y estilo, más cerca del periodismo, cuando lo que se quiere contar lleva implícito el sentimiento de indefensión, frivolicen la posibilidad del regreso al terror, al miedo y a la intolerancia.

Milagros Sánchez Arnosi

Los dolientes, de Jacobo Sefamí. México, Plaza Janés, 2004.

Los dolientes (2004) es la primera novela de Jacobo Sefamí y es, también, la primera novela que recoge a la manera etnográfica y testimonial la historia y la cultura ancestrales de la comunidad shami (formada por judíos árabes originarios de Damasco), que se estableció en México a principios del siglo XX. Esta comunidad, que sitúa sus orígenes en Sefarad, lo que hoy día es la Península Ibérica, en la época que se conoce

como la «Edad de oro» de la tradición sefardita (siglos X-XII), inició una diáspora hacia diversos países del Norte de África, el Imperio Otomano y Oriente Medio para evitar conflictos religiosos fundamentalistas, primero con los musulmanes y luego con los cristianos, los dos grupos dominantes en la Península Ibérica a lo largo de la Edad Media.

La muerte del padre de familia es un motivo recurrente en todas las literaturas y así, en *Los dolientes*, la evocación de la figura paterna durante la *shiva*, los siete días de funerales que preceden al sepelio, según los ritos hebreos, hace posible la reconstrucción de la peculiar historia de una familia con profundas raíces multiculturales. En este sentido, los diez capítulos que conforman *Los dolientes* aparecen precedidos de distintos textos fundacionales de la tradición hebrea, en general, y sefardita en particular; son extractos que se refieren a las prescripciones y rituales de la Torá en lo concerniente a rituales funerarios; a destacar los del *Shulján Aruj*, de Josef Caro (Venecia, 1565), reconocido como el código de legislación judía por excelencia y todavía vigente en la actualidad, los del *Zohar* o *Libro del Esplendor*, que fue recopilado en España en torno al siglo XIII, un texto de Maimónides (siglo XII) y otros de

la Cábala, escritos en España en los siglos XIV y XV. La marcada intertextualidad de *Los dolientes* hermana esta novela con la literatura más actual y denota la experiencia investigadora de su autor, quien la ha puesto, esta vez, al servicio de un quehacer personal y testimonial.

La multiculturalidad de *Los dolientes* se confirma mediante las tres lenguas que se intercambian en la novela: así, en la portada destacan, en dorado, las dos letras del alfabeto hebreo que conforman el nombre del padre. Pero junto al hebreo están la lengua árabe y la lengua española en la que se escribe la novela, concretamente el español de México, con sus muchas y ricas variantes; la combinación de estas tres lenguas le sirve a Jacobo Sefamí para recordar, rememorar el pasado y así reconstruir, para dejarla escrita, la historia de su propia comunidad representada en el microcosmos de una familia, que es la suya. De este modo, el autor afirma, al escribir rememorando, que su comunidad pervive y sobrevive por encima de toda diáspora, pero también asienta la multiculturalidad y la transculturación como ejes centrales de la novela. Porque si en principio sorprende la escasez de referencias a la cultura mexicana (el padre muere el 15 de septiembre,